

# DE LA REGION

UN GRAN ARTICULO ELECTORAL DE UNAMUNO

EL SOL, Madrid  
24.V-1919

# LA LUCHA DEL MOMENTO

BARCELONA 24 (3 t.).—Se ha repartido, y es muy comentado, el siguiente artículo del Sr. Unamuno, y enviado a la Comisión de propaganda de Unión republicana de Barcelona:

## "LA LUCHA DEL MOMENTO"

No he sido nunca parlamentario; dudo mucho llegar a poder serlo nunca. Es más, aborrezco nuestro parlamentarismo, el de esa ciénaga inmunda que es el Parlamento español, donde el ciudadano pobre y honrado, a quien a ella le lleve el sufragio de otros ciudadanos pobres y honrados como él, corre gravísimo riesgo de caer en lo peor, en político de oficio, en profesional de la política, que de esta vive.

No tengo fe, repito, en la eficacia del Parlamento español, tal y como hoy se forma; pero acaso pueda tener un valor destructivo y disolvente. Si las Cortes que se han de reunir el mes que viene han de servir para la historia de la civilización española, ha de ser destruyendo y disolviendo, acaso provocando el que se las disuelva violentamente, por imposición marcial. Esas Cortes deben provocar una "paviada", una como la del 3 de enero de 1874. Sería el principio de la redención civil de España, o sería el definitivo acabamiento de ésta como nación independiente de veras, y las próximas e inminentes elecciones, estas elecciones que se hacen bajo un régimen de mordaza, de clandestinidad y de mentira oficial organizada, ¿qué pueden ser? Estas próximas e inminentes elecciones no deben ni pueden ser más que una protesta contra la incivilidad, contra la clandestinidad, y contra todas las malas pasiones de la cobarde burguesía española, la de los somatenes y esquiroles y los policías honorarios.

Hay, sí, un problema económicosocial, un problema de producción tanto como de reparto de riquezas, pues que se trata de suprimir a los improductivos, obligándoles a producir o a morir de hambre o de vergüenza; hay un problema de libertad de conciencia; hay un problema de autonomía, pero de autonomía individual, y no de esas autonomías de señoritos que sueñan en personalidades de lujo y de vestido; hay un problema de dignidad nacional; hay un problema internacional, de pueblos más que de Gobiernos; pero ahora, y aquí, en 1919, y en España hay, ante todo y sobre todo, un problema de civilidad. Es la civilidad, y con ella la civilización, lo que hay que salvar, y en estas elecciones tendrían que dividirse los españoles en dos campos: los civiles, de un lado, y del otro lado, los inciviles, con los rebañes de siervos cuyos votos comprarán. Habiendo casos, y en esto Castilla abunda, en que no hay que comprar el voto del elector porque éste, el elector mismo, está comprado de por vida. El dueño de uno de estos pueblos de señorío no necesita comprar los votos de sus siervos. El que puede vender libremente su voto al mejor postor, es ya, en cierto respecto,

libre. Hay quienes tienen que dárselo al que les explota, y dice que les da de comer.

Civiles e inciviles, ésta es la división hoy y para lo de hoy. Son inciviles los que, hablando de que hay que dar la batalla, piden palo y mordaza, y defienden este nuevo Santo Oficio de la Inquisición, cien veces peor que el antiguo, que el de la Iglesia, ese nuevo Santo Oficio con sus procedimientos clandestinos de que no se excluye ni el tormento ni el falso testimonio.

¿El Gobierno? ¿Derribar al Gobierno? ¿Y qué más da?... Este Gobierno, como los que le han precedido, es una tapadera, es una hoja de parra, es un pingajo. No gobierna, sino que es gobernado. El histrión de la energía que lo representa, Cierva, este dictador al dictado, es un muñeco, es un pendón. Ni gobierna lo que parece que está más alto que el Gobierno. El otro Poder, el Poder que finge hacer y deshacer misterios, tampoco rige por sí, está también sometido, y está sometido a otro Poder, a un Poder anónimo, clandestino y ciego, a un Poder que lo peor que tiene es que carece de cabeza, porque carece de inteligencia. Es a esta Hidra de mil cabos, no cabezas, a la que hay que combatir; es a esta Hidra que, proponiéndose dar la batalla ni conoce al enemigo ni el campo en que la ha de dar, ni sabe contra qué va. Tiene esta Hidra, como el toro—que es hoy, más que el león, la bestia simbólica del escudo de España—, los cuernos encima de los ojos, y no bajo ellos, y, al acometer, no ve que acomete ni cómo acomete. Embiste ciega.

Hablan los inciviles de orden, y con ellos los que han traído la verdadera anarquía, la de los desmandados, la de los que no saben mandarse a sí mismos. Y suele llamarse disciplina al desmán del que manda, a que no le ligue ley alguna con el mandado.

Hay que salvar la civilidad oprimida bajo el despotismo, bajo el régimen de clandestinidad. Da vergüenza ser español; da asco tener que pertenecer a un Estado en que los desmandados mandatarios del Poder manejan tras la cortina a los magistrados de él y encima lo niegan, y los ocultan y se sirven de la mentira, que no es arma de valientes; da asco tener que vivir en una nación que se convierte en el ruedo en que la gran Bestia de los grandes cuernos embiste bajando la vista al suelo, ciegamente, pero con el bestial instinto de herir a todo el que sea libre; es decir, a todo el que sea inteligente. Su odio, el odio de la gran Bestia, es, sobre todo, a la inteligencia. El nombre que los mil cabos de la cola de la gran Bestia pronuncian con más rabia, el de "intelectual". Así pasaba antaño en Rusia, así pasa aún hoy en Alemania. De una cornada de la gran Bestia, ha muerto Liebknecht, y por intelectual. Es decir, por inteligente, porque discurría. Es la libertad de pensar, de pensar libremente, civilmente, sin otra disciplina que la de la lógica y la razón, lo que hay que defender. Mientras la fuerza pública no está en todo y para todo sometida a la razón civil; mejor aún, mientras no haya otra fuerza pública que la razón civil, no habrá civilidad, y no habiendo civilidad, no habrá civilización.

Miguel DE UNAMUNO. USAL ES